

Y fue una primavera profética

Beatriz Eugenia Becerra Vega, MMB

Resumen

“Y fue una primavera profética”. Este artículo ofrece un testimonio agradecido sobre los inicios de la inserción de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe. Muestra el contexto histórico y eclesial que la hicieron posible, el dinamismo profético y martirial que floreció en el pueblo, en nosotras y nosotros, gracias a la acción dinámica del Espíritu, así como algunos de los elementos de la reflexión teológica que nos acompañaron.

“E foi uma primavera profética”. Este artigo oferece um testemunho agradecido sobre o início da inserção da Vida Religiosa na América Latina e Caribe. Ele mostra o contexto histórico e eclesial que a fizeram possível, o dinamismo profético e martirial que floresceu no povo e em nós, graças à ação dinâmica do Espírito, assim como alguns dos elementos da reflexão teológica que nos acompanhou.

Nuestras hermanas y hermanos mayores y las/os de edades intermedias, junto con muchas y muchos jóvenes, recibimos llenos de vitalidad los reportes diarios del Concilio Vaticano II: aires nuevos para la renovación litúrgica que se traducirían en una vivencia más diciente de la celebración eucarística; una concepción de Iglesia más incluyente, participativa y comprometida con el mundo; invitación a sumergirse en la abundante riqueza de la Palabra de Dios, antes reservada para unos cuantos; la preocupación y apertura decidida a los gozos y esperanzas, dolores y sufrimientos de las gentes de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres.

Son las 4 grandes Constituciones del Concilio, las que entrelazadas con sus Decretos y Declaraciones nos lanzan a una nueva concepción de los ministerios episcopal y presbiteral, al “aggiornamento” de la Vida Religiosa, nos refrescan y revitalizan la memoria sobre la actividad misionera de la Iglesia, el ecumenismo, la libertad religiosa, el papel e importancia de los seglares y la urgencia de la educación cristiana de la juventud.

Esta eclosión de la Sabiduría del Espíritu estremeció como el primer Pentecostés la vida de la Iglesia en el mundo, fue una floreciente y colorida primavera para la Vida Religiosa.

Y esta primavera se tornó profética en la América india, mestiza, negra; en el Continente de la esperanza resonó el caracol de las mayorías empobrecidas denunciando las injusticias a causa del pecado estructural, tal como lo consignan los documentos

de la II Conferencia de los Obispos del continente reunidos en Medellín, con el objetivo de adaptar a nuestra realidad el inspirador Vaticano II.

1. UN POCO DE CONTEXTO HISTÓRICO

Ya al interior de nuestro Continente, fuimos tomando conciencia de la gravedad de las dictaduras militares, de las diversas formas de opresión de grupos y sectores dominantes, de las enormes desigualdades, de la dependencia extranjera de un centro de poder económico. Ya desde entonces se menciona la “distorsión creciente del comercio internacional”, de los monopolios internacionales e imperialismo internacional del dinero, así como del endeudamiento progresivo.

Pero detrás hay más historia, pues la realidad mundial empieza a penetrar los entresijos de algunos sectores y grupos eclesiales desafiando, cuestionando, analizando, discerniendo e impulsando a la acción. El Concilio Vaticano II y la asamblea episcopal de Medellín están precedidos y atravesados por el fin de “la guerra fría”, el triunfo de la revolución cubana, la “Alianza para el Progreso”, en medio de la llamada “década del desarrollo”, que luego da paso a la “teoría de la dependencia” que comienza a cuestionar al desarrollismo, mostrando la necesidad ya no tanto de reformas, cuanto de una liberación estructural continental. Es el tiempo en el que emergen varios movimientos revolucionarios, bastante cercanos y a veces en el seno de minorías comprometidas del Pueblo de Dios, junto a significativas rebeliones juveniles, pequeñas organizaciones del

movimiento obrero y campesino, las que luego fueron acompañadas por sacerdotes obreros y que se consolidaron en la Asociación Católica Obrera (ACO), Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ), Juventud Obrera Católica (JOC).

En este apretado marco histórico vale la pena ubicar la presencia profética del papa Juan XXIII, quien además de convocar al Concilio Vaticano II, lanza las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*, las que dieron un fuerte impulso e inspiraron al compromiso político ante la escandalosa pobreza del Tercer Mundo. Luego viene la *Populorum Progressio* del papa Pablo VI que incluso alude al “imperialismo internacional del dinero” y llama al “desarrollo como el nuevo nombre de la paz”. Después le sigue la *Octogesima Adveniens* donde se llega a hablar de la posible salida en un socialismo democrático.

Ciertamente hubo grupos de jóvenes, comunidades de Vida Religiosa y laicado pioneros en la inserción, atraídos por la Sabiduría del Espíritu que clamaba en las inmensidades de la pobreza de nuestras barriadas, de las “favelas”, quienes empezaron a “estar” con el pueblo, a incursionar en situaciones de frontera. Luego viene la reflexión al interior de la comunidad eclesial que empieza a elaborar planes de pastoral que incluyen y debaten largamente sobre el compromiso social y político de las cristianas y los cristianos. Se va trabajando con el método de ver, juzgar y actuar y se va avanzando en el uso de la mediación de las ciencias sociales para el análisis de la realidad.

El aleteo del Espíritu va tocando a las

puertas de las comunidades religiosas, de las Conferencias Nacionales de Religiosos/as y por supuesto a la Confederación Latinoamericana de Religiosos/as (CLAR), que tratan de operativizar las intuiciones del Concilio Vaticano II y de Medellín; es la hora de la apertura a los signos de los tiempos, de la vuelta a las fuentes originantes de nuestros carismas, es la hora de descentrarse de los grandes y monacales conventos a las barriadas, a las periferias de las grandes ciudades, a las comunidades indígenas y campesinas.

2. PROFETISMO CON EL PUEBLO

Fue una primavera profética para nosotros/os y para el pueblo, pues el grito del pueblo israelita del Éxodo, pueblo oprimido, sufriente y maltratado que llegó hasta Dios, se fundió con el grito de nuestros pueblos y escuchamos en la oración, en la comunidad, en la parroquia, en el campo y en las periferias una y mil veces: *“he bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel... el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen”* (Ex 3, 7-9).

Poco a poco fuimos aprendiendo con el pueblo nuevas metodologías de educación y concientización popular, de lectura popular de la Biblia, de organización y celebración comunitaria, como por ejemplo en las Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Se fueron acortando las distancias entre evangelización y promoción humana, desplegándose así una acción evangelizadora más integral.

El pueblo sencillo, abierto, acogedor, deseoso del pan de la palabra creyente y liberadora, muchas veces analfabeto y agobiado por el sufrimiento para conseguir el pan de cada día, una educación básica para sus hijas e hijos, una vivienda digna; empezó a decir su palabra, empezó a sentirse comunidad, pueblo de Dios, empezó a sentirse sujeto de su propia historia, empezó a ser escuchado en algunos espacios sociales, políticos y eclesiales, siempre animado por la Palabra de Dios y por las diversas modalidades del magisterio de la Iglesia.

En la Vida Religiosa fue creciendo la conciencia de ser pueblo de Dios, en ocasiones sintiéndonos más acompañadas y acompañados en nuestra andadura, interactuando en diferentes espacios de diálogo, revitalizadas/os por el compromiso profético del pueblo, de compañeras y compañeros, de amigos y amigas, inclusive de hermanos Obispos que pusieron sus bienes y sus vidas al servicio de la causa del Reino de Dios.

Entonces no se hablaba de “revitalización de la Vida Religiosa”, pero, ciertamente, la fidelidad a la realidad y al espíritu del Concilio nos llevó a releer y actualizar nuestros Carismas fundacionales con un gran dinamismo y creatividad. Las personas empobrecidas nos abrieron sus puertas, sus corazones, su tierra, su visión del mundo y nos mostraron el camino para vivir el seguimiento de Jesús de una manera nueva, nuestra vida de oración, los votos, la comunidad, más atenta a la realidad histórica, leída y contemplada a la luz de la Palabra de Dios. Las mismas estructuras de la Vida Religiosa se vieron sacudidas inclusive en la manera de concebir el servicio de

la autoridad y dando pasos hacia formas más sencillas y ágiles de participación.

Tal vez es oportuno preguntarnos: ¿cómo hoy día nos desafían los diversos movimientos sociales, la sociedad civil organizada y combativa, ese emerger de la conciencia ciudadana?; ¿cómo estos movimientos evocan el grito profético de nuestros ancestros que nos precedieron en la fe, en el compromiso?

3. EL SEGUIMIENTO DE JESÚS Y LA ENCARNACIÓN

El Jesús histórico y el Cristo de la fe cobraron un dinamismo nuevo e integrador en nosotros. La relación de Jesús con el Padre y con el Reino de Dios, fructificó en la contemplación silenciosa, larga, profunda, apasionada, vivificadora del compromiso con la historia, con el ser y el hacer cotidianos. El orar, trajinar, organizar, actuar y celebrar con el pueblo, con los rostros concretos de mujeres, de indígenas, de afro-americanas y afro-americanos, de campesinos y campesinas, de niños y niñas, de jóvenes, de obreros y obreras, de desempleados/as, de marginados y hacinados urbanos, de ancianos y ancianas, ¿cómo no nos iban a resonar a cada paso las palabras de Jesús!: *“tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era forastero y me acogiste; estaba desnudo y me vestiste; enfermo y me visitaste; en la cárcel y viniste a verme”* (Mt 25, 35-36).

O de pronto escuchar también al mismo Jesús en la sinagoga diciendo: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar*

la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19). Esa maravillosa y siempre sorprendente novedad del Espíritu, que nos sacudió ayer y nos sigue movilizándolo hoy a cada paso.

Seguir a Jesús en su experiencia de despojo, de encarnarse, en el abrazo con una cultura e historia concretas, con unas tradiciones, con una familia, con una comunidad de amigas y amigos, con una comunidad sinagógica iba desafiándonos a cada paso que dábamos, para introducirnos por los caminos de la inserción. Ese modo de la encarnación de Jesús fue incesante y sugerente derrotero acerca de la manera novedosa e irrepetible de “estar” con el pueblo, de caminar con él a la luz del Espíritu.

No fue trivial el que junto al sentido inspirador más hondo de la inserción, se fueran modificando nuestros hábitos de comer, de vestir, de viajar, el estilo de nuestras viviendas, nuestra concepción del tiempo, las actitudes de hospitalidad, de sentir-con o la compasión; que brotara suavemente la solidaridad en el barrio, en la ciudad, en el país, en el Continente, así como el aprender a acompañar sus luchas por la justicia. Y todo eso lo iba suscitando el Dios de Jesús encarnado en la historia, quien también hoy nos puede invitar a preguntarnos ¿qué rasgos de “su modo” están evidenciando hoy nuestro seguimiento?

4. EL SEGUIMIENTO DE JESÚS Y LA CONFLICTIVIDAD HASTA LA MUERTE RESUCITADORA

La seducción del seguimiento de Jesús

en la práctica, desde luego que no estuvo exenta de conflictos, en primer lugar porque el mismo Jesús se vio envuelto en ellos. Los sinópticos nos narran la trayectoria de las tentaciones, luego la pregunta sobre su propia identidad, para pasar después al conflicto con las autoridades religiosas y políticas, asumiendo las incomprensiones familiares y de los mismos de su comunidad de amigos.

Nosotros también atravesamos por procesos de alta complejidad personales, grupales, comunitarios, institucionales, eclesiales, políticos, económicos, llegando inclusive a la persecución interna y externa, y, en no pocos casos, hasta la cárcel, la tortura y el martirio.

También nos salpicaron situaciones de incoherencia, de desaciertos, de búsquedas en el desierto, en la soledad, en la oscuridad; de muchas preguntas sin tener la respuesta lúcida a la mano, cuando el caminar del pueblo exigía no detenerse, no dar la espalda, y ser coherentes hasta dar la vida por amor, aún a riesgo de equivocarse. Y es así como ahora contamos con las y los testigos que nos precedieron entregando la vida hasta las últimas consecuencias, al estilo de Jesús.

Hoy, seguramente la conflictividad tiene un mosaico de matices nuevos, tal vez con mayores tentaciones para evadirlas y sin embargo, el dinamismo pascual es más vivo que nunca en nuestros pueblos, en las mayorías empobrecidas a las que cada día se les arrebatara más sutil e impunemente el derecho a una vida digna. Por ello me pregunto: ¿qué apertura orante, mística y actuante tengo, para vivir la conflictividad que me acarrea la

actual coyuntura histórica, en el compromiso por construir el Reino de Dios al estilo de Jesús?, ¿cómo se despliega mi experiencia pascual en mi proyecto personal, comunitario y Congregacional?

5. CONCLUSIÓN

Hoy podemos decir que nuestro ser de mujeres y hombres discípulos/os se agigantó, adquirió matices más evangélicos, en medio de grandes aciertos y desaciertos. Hoy podemos redimensionar esa trayectoria, ese cariñoso y entrañable aprendizaje que ha fortalecido nuestra espiritualidad, nuestros carismas, nuestras nuevas maneras de ser y estar en la Iglesia.

Y que hoy, aún cuando cada vez vamos siendo más minoría, cuando aumentan las mayorías empobrecidas, las sutilezas de la exclusión y, por tanto, los desafíos a la profecía y a la mística de las discípulas y los discípulos, en nuestro mundo posmoderno y con fuertes tentaciones eclesiales de involución; queremos que el eco del caracol de nuestros pueblos originarios nos traiga a la memoria esa primavera posible, necesaria, urgente y siempre, con brotes nuevos de esperanza para las personas que viven en la exclusión, en la guerra, en cualquier tipo de violación de sus derechos fundamentales, así como para nuestra madre tierra amenazada.

Que el eco del caracol también impregne de fortaleza y sabiduría a quienes en la lucha sin tregua por la justicia, la paz y la integridad de la creación, que brotan de la fe, gracias a la acción vivificadora del Espíritu.

